

dahellos



ELDA



ELDA

MAYO 1952

N.º 13



La Leyenda de la Peña del Cid

por RODOLFO GUARINOS

SE sentía el temblor de la noche, que subía presurosa por los montes para caer de improviso sobre el valle. Allí, nos sentamos los dos entre dos luces. A nuestras plantas, el pueblo comenzaba a llenarse de estrellas; contemplábamos la roca blanca de «La Patá del Caballo». Yo sacaba con mi mano de niño pequeñas piedrecitas del extraño agujero de la roca, y esperaba que el tío Francisco tomara la palabra. Había prometido contarme la historia de aquella piedra. Pero el viejo, cachazudo, llenaba sin prisas su pipa. Tuve que esperar a ver salir el humo por su boca para escuchar sus palabras. Por fin —envuelta en humo su blanca cabeza— empezó su historia.

Hace ya muchos años, cuando ni tú ni yo, ni los abuelos de los más viejos, habían venido al mundo, cuando las guerras contra los moros, había en España un caballero cristiano tan valiente y poderoso que los sarracenos, atemorizados, empezaron a llamarle Cid Campeador, que quiere decir Señor de los campos. Era tal su furia y su fuerza que, a los formidables golpes de su espada, caían vencidos los más famosos guerreros de la Media Luna. Su sola presencia bastó muchas veces para ganar una batalla. Imagínate, pues, las ganas que tendrían de verlo muerto nuestros enemigos.

Una tarde como ésta —algún tiempo después de la conquista de Valencia— se hallaba el Cid de correría por nuestras tierras levantinas. Al frente de doscientos jinetes se había atrevido a descender hasta muy cerca de nuestra ciudad. Alguien le habló entonces de nuestro valle maravilloso, encerrado entre altivas montañas y fertilizado por el Vinalapó, que se deslizaba entre remansos sonrientes. Elda —Dahellos, como la llamaban entonces los moros que la poblaban— era, en verdad, una tierra de promisión. Doradas vides y lozanos almendros oscurecían las márgenes de nuestro caudaloso río. El olivo manchaba de plata el paisaje, alternando con la huerta, maravillosamente cultivada gracias a los sistemas de irrigación de los sarracenos.

Un irreprimible deseo de contemplar nuestras tierras nació en el alma del estorzado guerrero. Pero era peligroso el intento.

El buen Cid no quiso exponer a su gente, pero, no supo renunciar a su deseo. Marchó solo sobre su fiel Bahieca, por senderos ignorados y rascos peligrosos que se perdían en la serranía. Va a la cima de aquella majestuosa montaña que más tarde su hazaña había de inmortalizar con su nombre.

Desde las altas cumbres divisó todo el valle. Nuestras tierras se le ofrecían en un verde homenaje

de paz y de dulzura. Algo debió conmovier el corazón del bravo caballero, porque una lágrima rodó hasta las crines de Babieca. Tal vez pensaba el Cid en el momento en que el esfuerzo de los suyos llevaría la Cruz y las banderas de Castilla hasta aquel rincón de ensueño. A su derecha, el castillo morisco se delataba rodear la cintura por el río, viejo galán de sus doncellas. El blanco caserío se apiñaba cerca de él, con la geometría de azúcar de sus calles, de sus patios y de sus fuentes. Toda la vega era un gran tablero de ajedrez de raso, donde el verde oscuro daba jaque al esmeralda en ese raro peregrinar de la luz por las cosas, cuando la noche lucha hasta vencer al día.

De pronto, la inquietud de Babieca puso sobre aviso al caballero. Una patrulla mora se acercaba, forcejeando sus caballos por alcanzar cuanto antes la elevada planicie donde el Cid se hallaba. De un golpe de vista se hizo cargo D. Rodrigo de la apurada situación. Estaba rodeado de enemigos, sin más salida que aquel balcón cortado a pico sobre el valle. Sigilosamente, los moros se habían ido acercando hasta tenerlo acorralado, hasta estar seguros de que no escaparía. Por sus prisas y su número se notaba que conocían la personalidad del enemigo que tenían delante. Los moros de Dahellos iban a tomar prisionero nada menos que al Sidi de los campos, al Campeón de los cristianos.

Babieca caracoleaba nervioso, y el buen Cid no sabía qué partido tomar en aquel trance angustioso. Por un lado estaban los moros, demasiado numerosos para intentar abrirse paso entre sus filas. Por el otro, el precipicio de más de mil metros de altura sobre el valle. Resuelto, el Cid se preparó a morir matando. Ni por un momento pensó en rendirse. Tiró de la espada y picó espuelas en dirección a sus enemigos, mientras gritaba: «¡Santiago, ayudad!», el viejo grito de la caballería española. Pero no habría andado el caballo ni tres metros, cuando una terrible sacudida lo detuvo en seco. Una mano de hierro había tomado sus riendas y lo conducía otra vez al precipicio. Junto al Cid se veía ahora otro caballero. Su hermoso caballo blanco mascaba el freno con impaciencia, mientras su brazo derecho sostenía al viento un gran estandarte blanco con la cruz roja de Cristo. De donde había salido era un misterio. Se había formado como del aire, y era hermoso y terrible como un héroe antiguo.

El Cid, asombrado, gritó: «¡Santiago!», y saltó al abismo, arrastrado su caballo por la mano del caballero desconocido. En un salto prodigioso, caballeros y caballos cruzaron el cielo del valle asombrado. Fueron a caer al otro extremo de nuestras tierras, justamente en este mismo lugar en el que estamos ahora. Una de las patas del caballo del Cid Campeador fué a dar contra esta piedra y se clavó profundamente en ella, quedando este agujero como eterno recuerdo de aquel milagroso salto. El buen caballero buscó a su desconocido salvador, pero no pudo encontrarle. Amparado por las sombras de la noche, rodeó el Cid el valle, se reunió con su gente, y pudo regresar sano y salvo a Valencia, quedando los moros burlados. Desde entonces se cuenta que fué muy grande la devoción de D. Rodrigo por el Apóstol Santiago.

Y ahora, ya sabes por qué a aquella peña la llaman del Cid, y a esta sierra «La Patá del Caballo»...

Quando entramos en el pueblo era ya noche cerrada. Dirigi una mirada al viejo castillo, por el que el Cid suspiraba un día, mientras una estrella fugaz repentina, me marcaba la ruta del buen caballero por los cielos antiguos de mi Elda reconquistada.

El prestigio del nombre responde a la calidad del producto

Receptores "MARCONI"

Distribuidor: MIGUEL CANO

ELDA, clima poético

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL
ELDA (Alicante)

PARA llegar a Elda con relativa facilidad sólo hay dos caminos: la vieja ruta que siguieron los colonizadores en la protohistoria, remontando desde el «sinus illicitanus» la corriente propicia del Vinalapó, o el ferrocarril que desciende del centro de la península y que, tras violentar con un modesto túnel la barrera de montañas, se deja caer en la multida suavidad de las tierras alicantinas. Recias cresterías, en una rica variedad de perfiles y de tonalidades, defienden el acceso a Elda por otras partes.

Para el que viene por la ruta del mar, con los ojos enternecidos de almendras en flor, de naranjos dorados, de palmeras jubilosas y de parrales borrachos de verdor, Elda es la última estrofa del poema de su viaje. Desde el mar hasta aquí los paisajes se van sucediendo en gozosa exhibición de virginales transmisiones, pero, al seguir más adelante, el fresco poema de la naturaleza se trueca en monótona sucesión de grises lejanías.

En cambio para el que baja de las frías tierras castellanas con el espíritu acobojado de banales desnudos y de hoscos paramiús, apenas traspasa la brevísima noche del túnel, se le manifiesta, espléndida y joyante, Elda, la mágica, la inquieta, la precursora, calcando en los ojos adormilados del viajero el encanto y la unción de las amables tierras levantinas. El valle de Elda es entonces como una lírica estrofa, preludio de la tierna sinfonía en que se esponjan las tierras que ya empiezan a soñar con caricias de un mar religiosamente presentido.

Nada extraño, pues, que este grato rincón haya sido siempre un recóndito venero de poesía. Porque la cotidiana contemplación de la belleza se adentra insensiblemente en el ánimo y lo predispone a la delectación morosa y amorosa de los dones de Apolo. El tiempo aventó nombres y formas; pero no obstante se nos hace persistente esta vigencia de la realidad poética que se prodigó en suaves lozanías a la vera del Vinalapó.

En las familiares alturas del Monastil, ceñidas por el argentado cinturón de nuestro río, duermen las más viejas estrofas eldenses. Allí vivieron gentes en comunión constante con las más puras esencias poéticas; gentes que supieron poetizar hasta la prosa de los más humildes menesteres; gentes para quienes la acequia, la colina, el ribazo, no eran lo que son para nosotros, sino dioses amables y tangibles, con cuya presencia se divinizaban poéticamente los paisajes. Aquellas gentes vivieron en intenso clima de poesía; pero sólo si las piedras hablaran, sabríamos los ritmos de aquella ignota vaharada lírica.

Sonadora y fantástica, la raza islamita, que con sus babuchas florecidas de kasidos holló luego la ternura de nuestra tierra, hubo de colgar muy sentidas

estrofas en las ramas albeantes de los almendros y bajo la plata gris de los olivos saudosos. Concisa, pero repleta de sugerencias, es la cita del Poema Milenario de Ibn Húzun, ya transcrita en otra ocasión, cuando hablando de estas tierras dice con acento nostálgico: «...lugar delicioso; deleite peligroso de los hombres; región de la hermosura. ¡Cuántas veces se encontraron allí los hombres en opuesto camino, y desde entonces fueron amigos y camaradas!».

Luego, entre ruido de armas y besos de azadas afanosas, se diluyeron en la ancha copa del valle eldense, junto con las coplas guerreras de Mosén Febrer, relatando las proezas del rey Don Jaime, aquellas otras coplas más galanas que bordoneaban en torno a los castillos en que había bellas princesas a quienes halagar y propicias dueñas a quienes arrancar un ligero favor a cambio de un buen rimado serventesio. ¿Se celebraría también en nuestro alcázar alguna de aquellas magníficas justas poéticas en que, bajo la generosidad de los reyes y los nobles, se congregaban los troveros y juglares en lizo prolijo de versos y agudezas?... No podemos afirmarlo; pero tampoco es disparatado suponerlo, puesto que por estas tierras rondó nuestro inquieto vecino Don Enrique de Villena, gran mantenedor de esta clase de festejos, y precisamente en aquellos días en que la severa fortaleza acababa de convertirse en regio alcázar, alcanzando quizá entonces su máximo esplendor.

De todos modos, y autóctona o no, la poesía eldense de aquellos siglos arriscados hubo de refugiarse cabe los almenados lienzos del alcázar, erguido como si fuera el corazón susullante del valle; y allí había de acunarla poco después, dándole magistrales sonoridades, los rústagos ilustres de la casa de Coloma, que, amamentados con la leche del valle eldense, acertaron a conjugar la lira con la espada y el báculo, y entre los cuales es figura señera el inclito Don Juan, que mereció elogios nada menos que del propio Cerrantes:

«¡Oh, tú, Don Juan Coloma, en cuyo seno
tanta gracia del cielo se ha encerrado!...»

Del alcázar, la poesía eldense, ganando altura, descendiendo a la Iglesia. Ya lejano el eco de las armas conquistadoras; borrada ya la mancha oscura de los moriscos, el valle eldense tiembla de gozo religioso, como un psalterio davídico, acogiendo a la santa inspiración de los venerados muros parroquiales. Es entonces cuando de la voluptuosa quietud en que Elda degusta sus mieles rurales surge una floración de ilustres varones eclesiásticos, entre los cuales no pudieron faltar felices cultivadores de la amistad con las musas, sensibles al influjo maternal del íntimo valle en que se mecieron sus adolescencias privilegiadas. Algún día saldrán a la luz las producciones poéticas de la lucida pléyade de religiosos eldenses que constelan los siglos XVII y XVIII.

A dos palmos ya de nuestro olfato eruditivo, en el ajetreado siglo XIX, la poesía eldense se matiza con los inevitables toques de la politiquería reinante, aunque sin dejar por ello su viejo fondo religioso. Castelar satura su infancia con precoces y decisivas degustaciones de la poesía de nuestro valle. Leyendo

sus confesiones íntimas en el folleto «Las fiestas de mi pueblo», nos percatamos del influjo poético que dejaron marcado en su vida los matices de nuestro paisaje y las entrañadas cordialidades de nuestras viejas costumbres. Y si él no lo dijera, nos bastaría evocar el despliegue fastuoso de su oratoria, rotunda, soberbia, magnífica, plena de grandiosidad y de cálidas bellezas, como si por su boca se irguiera en cada párrafo la solemne montaña del Cid entre abundosas oleadas de oros y esmeraldas sahumados en la ternura de nuestros campos.

Don Juan Rico, de guante blanco, y El seráfico, devoto del tinto, pasean su inspiración por los celestios parques del juego pilífico, como hacen los de su generación; triste servidumbre de la que sólo se salva el mejor de todos, el pobre Francisco Laliga, poeta puro, poeta de ley, cuyo vigoroso chorro de inspiración incontaminada cierra la etapa de la vieja Elda y hace un trágico mutis sibilino ante la avalancha de prosaísmo zapateril que iba a caer sobre nuestro valle virginal.

Pero, a pesar de esta turbia avalancha, el clima poético de Elda sigue caldeando en una suave y amable continuidad mentes inspiradas, que van añadiendo eslabones a la áurea cadena de nuestra poesía vernácula. Así Don Francisco Muestre, pensador del clásico tema «pro aris et focis»; así después el festivo Maximiliano, primero entre los metecos que con su pluma enaltecen a Elda, su patria adoptiva; y así otros que, silenciosamente, van lustrando su nomenclatura en las aguas castálidas, hasta llegar a nuestro Francisco Mollá, en cuyos versos parece concrecionada toda la sentitica liturgia de nuestros paisajes con el ascetismo acrisolado de nuestra historia, como si en su alma vibrara todo el gozo de Elda, prendido en las coordenadas del tiempo y del espacio.

La poesía, como la gracia, es un don que Dios reparte gratuitamente, según sus designios indescifrables. Y Elda ha sido graciosamente afortunada en el reparto. De esperar es que, una vez superada la laboriosa etapa de transformación de nuestro pueblo, en la calma del ya logrado potencial industrial, surgirán nuevos ingenios que mantengan enhiesta la viva antorcha secular de la inspiración poética. Tenemos fe en que siempre habrá un laurel frondoso junto a los anchos ventanales de la fábrica.

JUAN MADRONA

JOSE RIOS IBAÑEZ

COSIDO Y PUNTEADO

AL PUBLICO

Reyes Católicos, 2

ELDA

Tejidos

Valor

CONFECCIONES Y NOVEDADES

Generalísimo, 34
Teléfono, 21

ELDA

Tres letras "de bola"

por EDUARDO GRAS

HABIAMOS estado conversando apaciblemente sobre los eternos problemas de los negocios; la repetida cadena de inconvenientes y dificultades que todos tenemos sabida de memoria había sido analizada, por enésima vez, en el despacho privado de X aquella tarde. Al fin y al cabo, yo no tenía nada que hacer y X, por lo visto, tampoco. Mi interlocutor se hallaba de buen talante y en vena de desahogos verbales. Buena ocasión —pensé— para descifrar el enigma que desde la primera vez que entré en su despacho picó mi curiosidad. En una de las paredes, entre dos soberbios ventanales, cuelga un lujoso marco, encuadrando artístico pergamino. ¿Un diploma? No, nada de eso. En el blanco papel sólo hay adheridos, formando un conjunto sorprendente, tres giros, tres letras de cambio utilizadas. Se hecha de ver que tiene muchos años; el formato es antiguo, el papel se nota viejo y amarillento y los sellos y la escritura están descoloridos y borrosos.

Este marco y estas letras fueron, como digo, lo que había llamado mi atención hacía tiempo. Más de una vez estuve tentado de hablarle a X de ello, de pedirle una explicación que apaciguara mi curiosidad. Nunca me había atrevido; en primer lugar, porque nunca él hizo ni la más indirecta alusión al asunto; además porque X es, aunque buen amigo y agradable persona, un tanto reservado poco gustoso de hablar de sí mismo y de sus cosas.

Pero aquella tarde. Fué él, al fin, quien abordó la cuestión.

Sin decir una palabra, se levantó, fué a la pared, descolgó el marco y lo puso ante mí. «—Fíjese bién -empezó- en la fecha de estas letras. Ya ha pasado tiempo desde entonces». Llevaban, en efecto, una fecha del año 192... X continuó: «A estas tres letras de cambio debo mi existencia comercial». Y entornando los ojos me hizo el relato que sigue:

—Hacia dos años que me había establecido como industrial; mi negocio era muy modesto, pero de marcha segura. Prosperaba poco a poco, con la parsimonia de aquellos tiempos. Pero este año de 192... fué muy duro para toda la industria. Sin embargo, yo confiaba poder remotar la mala época. Fué sorteando una semana tras otra, con limitaciones, pero sin agobios. Y a mediados de Junio, como llevadas de la mano por un demonio, las cosas se pusieron de acuerdo para someter a prueba mi entereza. Yo vendía entonces a pocos clientes y varios de ellos me pagaban al contado, al recibir los géneros. Aquella semana tenía que recibir fondos de tres de ellos; pues bien, pasaron los días y los dineros no llegaban... Y aquellas cantidades eran casi todo lo que tenía disponible para hacer frente a mis obligaciones hasta que comenzara a enviar los pedidos de la nueva temporada... El sábado consumí casi las últi-

mas reservas efectivas. Empecé a preocuparme ante la perspectiva de la siguiente semana: si no llegaban aquellos fondos... Y el lunes recibí... sendas cartas en las que se disculpaban por el retraso y me anunciaban el envío del dinero ¡para diez o quince días más tarde!

Aquella situación era grave para aquellos tiempos. Además yo, por mi carácter la extremaba aún más. Créame Vd. que pasé unos días terribles. Mientras, la semana se acababa y con las letras que tenía para negociar no me llegaba siquiera para el pago de jornales...

X hizo una pausa; miró fijamente, con cariño casi, el marco que estaba sobre la mesa:

—El jueves, por fin, tomé una decisión «heróica»: me levanté con la cara del hombre que hace por primera vez traición a sus principios más sólidos. La conciencia se obstinaba en reprocharme una y otra vez lo que iba a hacer; y yo me esforzaba una y otra vez en ahuyentar aquella voz reprobatoria. Extendí esas tres letras que Vd. está contemplando. Como habrá Vd. adivinado, no correspondían a venta alguna: eran tres engaños, tres verdaderas estafas, tres «letras de bola». Mi mano temblaba al rellenarlas; en aquellos momentos me consideraba como un criminal llevando a cabo su crimen. Las firmé y las uní a las «buenas», cuidando de mezclarlas bien, «para disimular mejor». Cogí el paquete y me dirigí al Banco. Llegué a la puerta. La conciencia intentó una última defensa de mi «integridad comercial». Titubeé unos instantes; y luego, con la desesperada resolución de Cortés al quemar sus naves, empujé la cancela de cristales y entré a consumar mi delito. El sobre de las letras me pesaba enormemente en el bolsillo. Me acerqué a la ventanilla, lo entregué, di media vuelta y sin mirar a nadie ni a nada, salí rápido del local. Cuando la puerta se cerró, oscilando, tras de mí, se me escapó un suspiro de desahogo.

—Eso fué, como le dije, el jueves por la mañana. Pasé todo ese día y el siguiente agitado y febril. La idea de que pudieran descubrir mi engaño me ponía fuera de mí. Estuve enfermo, verdaderamente enfermo. Luego... pasó el sábado, transcurrió toda la semana siguiente sin novedad. A partir de entonces comenzaban a salir de la fábrica los calzados correspondientes a las primeras ventas de la temporada. Todo, pues, se resolvió felizmente. Me apresuré a recoger las tres fatídicas letras. Cuando las recibí, mi primera idea fué destruirlas, borrar por completo la huella de aquellos días horribles. Pero luego pensé que debía conservarlas con cariño y gratitud, ya que a ellas debía mi salvación económica. Así lo hice. Encargué ese marco; encuadré en él las tres letras, y las hice presidir este despacho.

Se levantó y volvió a colgar el cuadro en la pared.

—Ahí tiene Vd. explicada la historia. No creo necesario recomendarle que me guarde el secreto. Hoy ya no tendría importancia alguna su divulgación; pero me gustaría conservarlo; Vd. me comprende, ¿no?

Glosa de amor

¡AY QUE TRABAJO ME CUESTA
QUERERTE COMO TE QUIERO!
POR TU AMOR ME DUELE EL AIRE
EL CORAZON Y EL SOMBRERO.

FEDERICO GARCIA LORCA

La ciega flor de tu boca
se deshoja en el silencio.
A un loco amor me sentencio
frente a tu empeño de roca.
Callar y amarte me toca,
sin que adivines tú en esta
mirada en tus ojos puesta,
amor que tu amor no alcanza.
Quererte sin esperanza,
¡AY QUE TRABAJO ME CUESTA!

Pero mi querer bien vale
que no se quede en secreto.
Que amor al pecho sujeto,
con el verso vuela y sale
El día que tu voz me iguale
con nube, viento y jilguero,
será mi canto primero
un himno de amor sublime.
Que del lodo me redime
QUERERTE COMO TE QUIERO.

Mañanas de dos auroras,
contigo en las tibias playas,
conservo como medallas
que suenan entre las horas.
Las colinas seductoras,
testigos de tu donaire,
nos dejaban al socaire
de la brisa pegajosa.
Sin tu presencia gozosa,
POR TU AMOR ME DUELE EL AIRE.

Vana, contumaz porfia
que aún alimenta mi pecho,
contra razón y derecho
me dice que aún serás mía.
Pues en lo imposible fia
el alma del prisionero,
contra esperanza yo esperó,
olvidado del olvido,
junto a tus plantas, rendido,
EL CORAZON Y EL SOMBRERO.

Rosa de sangre morena

Rosa de sangre morena
tienes, Manolo, en tu talle.
¡Y aún hay gentes que pregonan
que pecabas de cobarde...!

Pronto vino Primavera,
con sus aromas de sangre,
a desmentir tales dichos
en el jardín de tu carne.

En magnífico coloquio
de sol, de arena y de lances,
dabas largas de dialéctica
sin hacer caso de nadie.
Borracho de capa y toro,
y vistiéndole de pases,
te otridaste de la Muerte
en la Plaza, aquella tarde.
¡Qué momento más amargo
de emoción inolvidable,
cuando cambiaste de tercio
y la Muerte te brindaste!
El toro rugía furias
de impresiones lacerantes
afilándose intenciones
más finas que dos alfanges.

El silencio tomó silla
en los tendidos del aire,
apretando un nudo fuerte
de gargantas y semblantes.
La vida se apresuraba
con mormullos palpitantes;
los nervios se desataban

como los fríos alambres,
y un sudor, mudo, de miedo
casi llenaba un estanque.

De pronto, se hizo de noche
cuando a la fiera citaste;
y el viento, que ya quemaba,
decía canción de ayes.

Un alba de mil suspiros
moteada de granates,
besaba su carne recia
con dulce beso de amante.
¡Así se hace, Manolo!
¡Eres grande entre los grandes!
Y llenarás una rosa
de Primavera de sangre
ceñida a tu talle esbelto,
cuando vistas de alamares
para jugar a los toros,
de la Gloria con los ángeles...

Y cuando pasen los años,
tomando el sol por la tarde,
al llegar la Primavera
dirá un corro de comadres:
—¡Córdoba tuvo un torero;
y qué torero más grande!
... Aquel que un día de gloria
en la ciudad de Linares
entre un ¡ay! de sol y sombra,
dejó una rosa de sangre
en el ruedo de la plaza,
¡sin hacer caso de nadie...!

Aquellos moros y cristianos...

1841 - 46 de Enero - En Elda.

La tarde florece en sonoras rosas de arcabuceria rola en alarde a lo morisco. Tiemblan y estallan los cristales en las pequeñas ventanas de las casas del pueblo. Por la tortuosa calle de la Independencia, que es en esa época la calle del señorío eldense, van paseando en avance de lenta

guerrilla los cristianos en derrota; y tras de ellos, los moros, barbudos, fanfarrones, prodigando la pólvora rociada con frecuentes libaciones del generoso vino de Benejama.

Manos callosas todas ellas, las de los cristianos y las de los moros. Manos de gente familiarizada con el arado y el azadón, en las que el arcabuz enciende luminarios de un cálido culto a la tradición sobre el ara de una cándida fe, robusta y espontánea como el estampido de los arcabuces.

Por la calle de San Roque bajan desaludados unos chiquillos. Nos fijamos en el más impaciente, en el más inquieto de ellos: un muchacho que aún no tiene nueve años, pero que ya lo señalan con el dedo las comadres, cuando lo ven pasar:

— Mira, ahí va Emilio, el de la señá María Antonia.

Pero Emilio, con sus ojos más abiertos que de ordinario, corre sofocado para no perder nada del estrepitoso desfile guerrillero.

Emilio es el mejor alumno de la escuela municipal. Sus manos han sostenido ya durante largas horas libros de historia que han exaltado su imaginación con relatos de sublimes hazañas y han despertado en su corazón infantil un sentimiento desbordado de patriotismo, que será el alisio que habrá de arrastrarle de por vida hacia un norte en el que fulguran para él seis letras sacrosantas: ESPAÑA.

Y esa tarde la historia, es decir, España, que era antes letra muerta sobre los libros, se ha hecho carne viva y vibrante con el olor de la pólvora eldense, que es para él como un incienso ofrendado religiosamente a la patria.

Conoce a todos los barbudos moros que van disparando sus arcabuces: el tío Vicente, el señor Manuel, su primo Pedro. Pero no; eso era ayer; hoy, con sus anchos calzones de seda amarilla y sus rojos chalecos raneados, son otra cosa. Su fantasía prodigiosa los ve como verdaderos musulmanes, que han hollado el santo suelo de la patria y pasean la orgía de su sacrilega victoria por las estrechas calles de Elda.

Por eso Emilio, que lleva en su frente un sello divino de predestinación,



los increpa, los mira con odio infantil, y aprieta los dientes en un gesto de contenido coraje, cuando ve que los moros se hacen dueños del castillo.

Aquella pantomima que a todos divierte, como un estrepitoso comedia, tiene tintes de tragedia para Emilio; y le acongoja y le atenaza el ánimo con un doloroso patetismo la derrota de los cristianos. Porque su corazón está prematuramente ardido en el sagrado fuego del amor a España. Porque ese Emilio, que llama la atención de las humildes gentes de Elda, es el Castelar que ha de llenar todo su siglo con la magnificencia de su verbo, consagrado con amorosa dedicación a los santos ideales de la patria.

La providencia le ha marcado una ruta privilegiada. Pronto van a verle, todavía casi imberbe, sentado en la más alta cátedra de Historia, explicando ante insólita concurrencia de alumnos las grandezas inmortales de España. Su palabra no es la fría exposición del que aclara secos teoremas doctrinales. Su verbo es cálido, emocionado, pleno de sentimiento y de intimidad. Y por eso cuando va desgranando entre el oro de su elocuencia el largo rosario de los hechos de nuestra reconquista, cristianos contra moros, su recuerdo y su corazón están puestos en las calles retorcidas de Elda, donde unos moros y cristianos transfigurados por la mágica de la fantasía infantil, le hicieron sentir la realidad de las luchas por el triunfo de la cruz, y le dejaron para siempre enamorado de España, con un amor que ahogó en él el germen de otros amores menos elevados.

Luego habrán de verle en la tribuna parlamentaria, volcando su oratoria, siempre elevada, en amoroso torrente, para regar las ideas más nobles. Y cuando le oigáis clamar apocalíptico «Grande es Dios en el Sinaí», podéis pensar que en su corazón se está reverberando el perfil majestuoso de la montaña del Cid, que fué el punto de comparación que hallaron sus ojos, cuando por primera vez leyeron el nombre de la montaña mosaica. Y cuando hable de la belleza de la creación y nos diga que «el hombre no vive solamente de la tierra», sino que «sus pensamientos se pierden, como la esencia de las flores, en el cielo», podéis pensar que dentro de su propia alma tiembla inconscientemente el suave paisaje eldense, el paisaje amado, en el que sus primeros pensamientos aprendieron ya ese camino de ascensión al infinito.

Era en 1841. Por las viejas calles de Elda, de aquella Elda que aún no tenía los 4.000 habitantes, desfilaban los moros y cristianos. Un muchacho contemplaba el abigarrado desfile; y al contemplarlo, sentía en su carne algo como lo que debió de sentir el Dante, también a los nueve años, cuando vió a Beatriz. Aquellos moros y cristianos eldenses son la encarnación viva de la España heroica que ha de enamorar para siempre el corazón solitario de Don Emilio Castelar.

¿Quién podrá desentrañar el hondo influjo sentimental que en la vida toda emocionada de Castelar tuvo aquella contemplación de nuestra vieja fiesta de moros y cristianos?

JUAN MADRONA

Tejidos

“La Ninfa”

Modas

Sastrería y Perfumería

Ventas a plazos y al contado

x

x

x

Martínez Anido, 65

ELDA

Antonio
López Pérez

PULIMENTADOR

ESMALTACION DE MUEBLES INFANTILES
AL DUCO Y PINTURA SINTETICA

ESPECIALIDAD EN
NEVERAS Y COCHECITOS PARA NIÑOS

BECCERRADAS BOCHORNOSAS

PERIODICAMENTE, como el cólera en la India y los tifones en el Pacífico, como las carreras en las medias y las moscas en la sopa, se nos cae encima una becerrada con prestaciones de festival benéfico. Nada tenemos en contra de estos festivales en sí y nos parece muy bien que unos señores se arriesguen a unos cuantos revolcones por la arena en gracia al buen lin que les anima. Lo que nos parece execrable y digno de que la autoridad tomara cartas en el asunto como las tomaría en cualquier otro escándalo público es al llegar la corrida a la suerte final. Todos hemos asistido, asqueados e indignados, a la lucha desigual de un señor -por otra parte respetable ciudadano y tal vez padre de familia- y un inofensivo novillo sin potencia y sin acoso (quizá muerto de hambre previamente). Todos hemos visto al pobre animal recibir una y otra estocada en diferentes partes del cuerpo, sufrir hasta quince o veinte puñaladas torpes y temblorosas que producen mil muertes pero no logran la definitiva. Todos hemos visto al becerro sangrando por todos sus poros, vomitando sangre por la boca, cayendo sobre sus patas y levantándose de nuevo para recibir otra torpe y criminal estocada. Todos nos hemos sentido avergonzados de colaborar con nuestra presencia a ese tormento prolongado, sintiéndonos más bajos, retrotraídos a la época de las cavernas.

¿No existe en todos los artículos de nuestras leyes ninguno que condene este crimen? ¿No existe en la Reglamentación taurina prohibición explícita de estoquear becerros a los no profesionales? ¿No tienen nuestra policía, nuestra Guardia Civil instrucciones contra el asesinato de animales con las agravantes de premeditación, crueldad y recreo? Si no existe ni unas ni otras creo que por dignidad humana, por buen gusto y por sentido de la misericordia con los seres inferiores, habría que crearlas. Todo menos colaborar con esta premeditada barbarie cuyo remedio es tan sencillo. Bastaría con que los aficionados hicieran las dos primeras suertes reservando el último tercio al profesional que dirige la lidia, que por su profesionalidad debe tener habilidad y acierto para matar al novillo sin ensañarse con él.

DAHELLOS ofrece a sus lectores la música (del estribillo) y la letra, de la inspirada composición que el Profesor Don José María Requena y nuestro colaborador Santiago Sierras han dedicado a nuestra ciudad. Por su valor artístico y emocional merece figurar junto a las anteriores páginas musicales que los Sres. Gorgé, Almiñana y Santos ofrendaron a Elda.

ELDA BELLA

MARCHA - PASODOBLE

Música de D. José María Requena

Letra de Santiago Sierras

Estribillo
El-tá Elda Elda - tienes un mun-do a tus
plantas - Elda Elda Elda - eres lo me-jor de Es-
pa-ña - por ser tan re-cia y fa-bril - tan o-bre-a y labo-
riosa - el pueblo te can-ta a sí - Elda Elda victo-riosa
vi-ve en mi

Cantemos al compás
de viejas maquinarias,
la más bella canción
a nuestras operarias.
Tan guapas, tan humildes,
tan llenas de ideal,
que encarnan el trabajo
del pueblo laboral.

Cantemos a los hijos
que lejos llorarán
nostalgias, patria chica,
de un mundo sin igual.

Gocemos del verdor
que nuestros campos tienen
en tardes de ilusión
que desde el cielo vienen.

La admiración del mundo
siempre tú debes ser
pues un tesón profundo
te ha dado este placer.

El himno entonaremos
y España escuchará
las voces de este pueblo
que la honra sin cesar

Elda, Elda, Elda,
tienes un mundo a tus plantas.

Elda, Elda, Elda,
eres lo mejor de España.

Por ser tan recia y fabril,
tan obrea y laboriosa,
el pueblo te canta así:

Elda, Elda, victoriosa vive en mi.

Tú, que miras tanto al cielo

Tú, que miras tanto al cielo
me envuelves en tu mirada;
tú, que amasas el pan rubio
—esa lágrima celeste—
me envuelves en tu mirada;
tú, que cantas en el tiempo
—voz de madre, voz de hermana,
voz de esposa en los senderos—,
me envuelves en tu mirada...

Tú, que desatas los sueños
por los caminos de alba,
por los vértigos azules
inocentes de distancias...

Tú, que lloraste en mi hoguera
y la fundiste en tu llama.

y en la borrasca del tiempo
me devolviste la infancia...

Tú, que encantas los caminos
con mansedumbre de gracia,
con bondad de trigo mártir,
con ternura de parábola...

...Tú, que miras tanto al cielo
me envuelves en tu mirada:
parece que el cielo todo
me vas meliendo en el alma.

¡Vibración de eternidad
en la tierna llamada
de las fugaces estrellas
de tu pupila enigmática!

Gracias, Señor

Gracias te doy, Señor, por mi pobreza.
Ella templó el espíritu en tu fuego.
Me conquistó la paz, me dió un sosiego
más allá de la vida y la tristeza.

Bendita la pobreza... ¡mi riqueza!
Los caudales de amor que ahora te entrego.
Ya no andaré con estos ojos ciegos,
ya es mía la recóndita Belleza.

Gracias te doy, Señor, por la armonía
silenciosa que en mi alma despertaste
al mostrar todo el bien de mi dolor.

Perdóname, Señor, esta alegría
de pisar las espinas que dejaste
en tu ruta de Amor, de puro Amor.



Momento estelar



¡Silencio, silencio!,
que va a reventar
la flor del almendro...
¡Llegar a la luz!
Fluir a lo cierto...
Ser copo al azul.
Ser ampo. Ser beso.
Viene del abismo,
del negro silencio
gestando colores
y aromas por dentro.
Estrellas litúrgicas
subiendo los piélagos...
Lágrimas del sol
en ansias de cielo.
Cual gotas de luna
cuajadas en trémulos
vasos candorosos,
que beben los vésperos.
Virgineas canéforas
de ebúrneos cuerpos,

los torsos en vilo
sonriendo en el céfiro.
¡Llegar a la luz!
¡Oh, trance supremo!.
Ser copo al azul.
Ser ampo. Ser beso.
¿Será que nuestra alma
opresa en el cuerpo
-el barro armonioso-
cual flor del almendro
no gesta colores
y atomas por dentro
durante la vida,
durante el invierno,
y luego a la luz
es copo sidéreo
-inmenso- en lo azul-
y ampo y ritmo y beso?..
¡Silencio, silencio!
que llega a la luz
la flor del almendro.

FRANCISCO MOLLA

Poesías religiosas

ALLA por el año 1858 hallábase «El Seráfico» en una tienda cuando entró D. Gaspar Santo, comerciante eldense, que al ver allí al bohemio le preguntó: ¿«Cuándo me dices el Padre Nuestro y el «Ave María»?» Gança le contestó al punto: «Haz que me pongan una «micheta» de vino, toma tintero, papel y pluma y escribe». Y en cuanto tuvo a su lado el apetecido líquido sacó del bolsillo un rosigón de pan y un pedazo de tocino y dictó a Santo la siguiente poesía:

AVEMARIA

Dios te salve, nazarena
fiero terror de Luzbel
cual te lo anunció Gabriel
con su cándida azucena.

Por tan singular favor
y tu divino semblante
eres de España el honor
y el consuelo del que amante
busca contigo al Señor.

Bendita mil veces eres
del cristiano norte y guía;
al abismo eterno hieres
siendo pura como el día
entre todas las mujeres.

SINTESES BIOGRAFICA DE "EL SERAFICO"

FRANCISCO GANGA AGER, conocido por el apodo de «El Seráfico», nació en Elda el 23 de Febrero de 1812 y murió en el hospital de la misma ciudad el día 30 de Mayo de 1871. Su vida es un continuo deambular por los pueblos de la comarca, huyéndole al trabajo y salpicando sus estancias con graciosas improvisaciones que enseguida se hacen populares. Es falso que no supiera escribir ni leer, pero no dejó escritos de su mano por lo que sus poesías son siempre de fuente indirecta. Estuvo en la cárcel breve tiempo, por hallarse mezclado en el baliburrillo politiquero del Madrid de 1850 a donde le llevaran Castelar, Sagasta y otros políticos. Pero, hastiado del ambiente corrompido de la capital volvió a sus correrías por Elda y su comarca, hasta su muerte.

Palabras prologales

CONSTITUIA una verdadera necesidad de orden cultural en nuestra ciudad, la reedición de las poesías que el impenitente bohemio Francisco Ganga Ager, «El Seráfico», fuera improvisando y desparramando por polvorientos caminos provinciales y por tabernas apestosas de mosto. Pero no precisaba una edición corriente, que se limitara a reproducir lo anteriormente publicado, sino una recopilación crítica en la que se examinara minuciosamente toda la obra atribuida y se desechara lo falsamente adjudicado, sustituyéndolo por los versos inéditos que hoy corren de boca en boca a pesar del tiempo transcurrido.

Con esta decisión hemos emprendido la obra, fiados más en nuestro entusiasmo e interés por ella que en nuestra suficiencia y capacidad, de las que tenemos amplias razones para sentirnos modestos.

Nos ha servido de base para esta reedición el folleto de «Poesías del Seráfico» que D. Emilio Vicedo y sus amigos publicaron en Novelda, en el año 1902, gracias al cual han llegado a nosotros la mayoría de las improvisaciones. Para su estudio y corrección nos hemos valido del valioso trabajo de Lamberto Amat en el Tomo I de «Escritores alicanticos» de Rico y

Montero (Alicante 1888); de las composiciones sueltas recogidas de la prensa local, especialmente en «Idella», y de los cuidados estudios de Juan Sansano en «Información» de Alicante y José Alfonso en «El Español» de Madrid y «El Cronista» (Elda, 1933). Creo justa esta mención ya que la labor aislada de unos y otros, convergiendo sobre un mismo tema, es lo que hace posible esta recopilación.

No he juzgado oportuno extenderme en detalles biográficos del poeta, puesto que al final de la obra se insertará una completa bibliografía de artículos sobre él, en los cuales hallará el interesado abundante material sobre «El Seráfico». Aparte de ello reservo mis datos inéditos para el volumen de «Figuras eldenses» que —como parte de la «Historia de Elda»— tengo en bastidor actualmente y en la que podré tratar su personalidad con la amplitud que su originalidad requiere y sin las limitaciones de espacio que esta recopilación me impone.

Sólo me resta, para terminar este a modo de prólogo, solicitar del culto lector una acogida amable para este florilegio de versos genuinamente eldenses, hijos de una inspiración casi milagrosa puesta al servicio de la devoción religiosa y de la gracia popular.

ALBERTO NAVARRO

Elda, Abril de 1952.

A ELDA

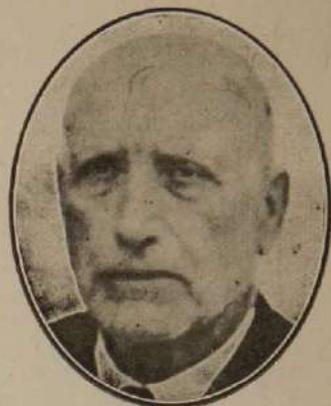
*Elda, feliz y dichosa
eternamente serás
pues cada paso que das
te haces más laboriosa...*

*Toda la prole reposa
sin la menor inquietud.
La senda de la virtud
no abandones, patria mía,
ya que por ella te guía
la Virgen de la Salud.*

D. Juan Vidal Vera

— (UNA VIDA AL SERVICIO DE LA CULTURA ELDENSE) —

por ALBERTO NAVARRO



HUNDIDOS en la vida quieta de los pueblos, perdidos en el anonimato de una existencia anodina, existen personas que van desmigando su vida en un continuo batallar por imprimir a cuanto les rodea un sello nuevo, un aspecto más culto y elevado. Tal fué D. Juan Vidal Vera.

No hallaremos su nombre en las listas periódicas de celebridades eldenses ni encontraremos estudios sobre su persona. Tan sólo una lápida con su nombre en la calle donde vivió y murió, ofrendada por sus antiguos alumnos, es testimonio de que Elda no ha olvidado la figura del maestro Vidal.

Educado en un Seminario —como Sempere, Rico y otras figuras eldenses— dejó los estudios sacerdotales para dedicarse a la enseñanza, montando un colegio por el que pasaron y se formaron las mejores inteligencias eldenses. Pero esta labor docente en la que tanto destacó fué postergada al dedicarse de lleno a la tarea de dotar a su pueblo de una imprenta, la primera que se instaló en Elda. En 1907 comenzaba sus primeros trabajos y desde esta fecha todos los programas de fiestas de Septiembre, todos los periódicos locales que fueron apareciendo y la mayor parte de los impresos que utilizaban las pujantes industrias zapateras fueron saliendo de las prensas de Vidal. En ellas se imprimieron folletos de interés local como «Las fiestas de mi pueblo» de Castelar; «El paisaje alicantino en la obra de Gabriel Miró» de Capilla, «La Paz Universal» de Ventura Pastor, (verdadera rareza bibliográfica por haber sido destruida su tirada, casi íntegra, durante nuestra guerra). Los periódicos locales que salieron del caserón de la calle de Linares son casi incontables y puede decirse que allí se encierra la historia del periodismo eldense. Algunos títulos son «La lucha», «Horizonte», «Idella», «El Tirapié», «Cultura», «El Tijerazo», etc. etc. así como las revistas «Albor», «El Cronista», «Elda Gráfico», «Elda Extraordinario» y otras en las cuales, por su mejor presentación podía desarrollar Vidal la experiencia adquirida y su buen gusto personal.

Provisto de una clara inteligencia y una cultura muy superior a la de sus coetáneos se interesó por la historia de Elda. Pocos años hacía que había muerto D. Lamberto Amat y ya su manuscrito sobre historia local era estudiado atentamente por Vidal y un gran amigo suyo, D. Domingo Tomás Vera, infatigable buscador de escondidos datos históricos eldenses. Este Domingo Tomás Vera es otra de las figuras destacadas de su época, desconocida actualmente por haber desaparecido sus valiosos trabajos por la lamentable ignorancia de su viuda, que prefirió verlos destruidos antes que entregarlos a estudiosos que sabían lo que valían aquellos papeles. D. Miguel Tato y Amat y D. Ricardo Vera Laliga, parientes cercanos de D. T. V. hicieron varias

(CONTINUA EN LA ÚLTIMA PÁGINA)

El escudo de la ciudad de Elda



EN cuantas ocasiones se ha efectuado una representación gráfica del escudo de armas eldense, se ha procedido con una carencia de estética, de respeto histórico y de responsabilidad que asombra a quien compara unos blasones con otros. Los hay ovales, acaudados, triangulares, oblongos, trapezoidales; los hay en forma extravagante semejante a los «testa de cavallo»

italianos (1); los hay con lis y sin lis y aún ésta pintada de diversos colores; los hay con una torre, con dos, con éstas aisladas o con base en el suelo o en un monte; los hay con el fondo en todos los colores, incluso jaspeado. En lo único que han coincidido todos los dibujantes es en desvirtuar y deformar nuestro emblema. ¿Acaso un blasón ciudadano es un simple dibujo que cada cual puede representar a su manera? Creemos que no, que el escudo de una ciudad es tan digno de respeto como el de la Nación ya que merece, en escala proporcional, las mismas demostraciones de afecto. Veamos unas cuantas de las representaciones más erróneas, algunas procedentes de nuestro mismo Ayuntamiento.

Escudos de entrada.—Hace ya muchos años colocáronse en los accesos a la ciudad por las carreteras de Madrid, Alicante y Monóvar, tres escudos en relieve cuyos restos podemos ver aún hoy. En todos hallábase equivocado el color del fondo, pintado de azul.

Programas de fiestas.—Aquí es inútil puntualizar pues la anarquía es general, tanto en los de Septiembre como en los de Mayo, exceptuando alguno que otro en que se respetan las líneas generales del escudo sin presentarlo coloreado. En cuanto a los escudos de los carteles de M. y C. vale más no decir nada.

Lápida y monumento a Castelar. En ambas concurren los mismos defectos: forma acuada o cuadrada y castillo sobre base de tierra. El escudo que Florentino del Pilar esculpió en el monumento añade a estos errores el de suprimir la flor de lis, excluida por los elementos republicanos que no querían ver ningún emblema borbónico (?) en el blasón eldense. Lo absurdo de esta posición fué denunciado por D. José Payá Vidal en un artículo publicado en la revista "Albor" (2).

Sellos municipales.—Nuestro Ayuntamiento tampoco ha andado muy acertado en la confección del escudo de sus timbres municipales, puesto que aunque las líneas generales son las verdaderas, no así el fondo que representa un paisajito en el que sobre unas rocas tremebundas álzanse las dos torres con el muro de enlace, proyectándose sobre un cielo de nubes. No faltó más que un aeroplano volando al fondo.

Sin embargo en las representaciones murales que realizan las fachadas de Mercado y Ayuntamiento, el escudo ha sido tratado con dignidad y fidelidad, formando un conjunto tanto artística como heráldicamente irreprochable. Porque el escudo de Elda debe reunir estas condiciones: Forma oval; campo (o fondo) de gules (rojo); Dos torres unidas por un muro de enlace, en oro; En jefe, una flor de lis en oro. Coronel el de la nación y Orla una palmera al flanco diestro y una rama de laurel al siniestro, enlazadas por su base formando aspa. No tiene más atributos nuestro escudo y reúne en sí la sencillez y armonía que el artista más exigente pudiera desear para su representación gráfica. Estudiando separadamente los símbolos, explicaré las razones que me han servido para fijarlos en la forma y color indicados:

Oval.—Es forma muy usada entre los eclesiásticos y en las armas de las damas nobles. Lo usan bastantes Ayuntamientos en razón al carácter femenino de su nombre o a que cuando fué concedido era señora alguna dama. Ambas circunstancias concurren en Elda puesto que su nombre es netamente femenino y cuando fué concedido el escudo hallábase en posesión de esta villa, Doña Violante, hija del infante D. Manuel y hermanastra del alborotador Marqués de Villena y Señor de Elehe, D. Juan Manuel. También adoptan la forma oval otros escudos de la provincia entre los que destacan los de Elehe y Alcoy y por otra parte se ha venido representando tradicionalmente así en los sellos de caucho empleados por el Ayuntamiento allá por 183. Creo que la unión de todas estas afirmaciones son suficientes para mantener la forma oval del escudo.

Campo de gules.—No tengo ninguna duda de que el color rojo es el que ocupa el fondo del escudo. Tampoco puedo presentar constancia documental de esta afirmación pero sí un cúmulo de circunstancias que abonan mi creencia. La mayoría de blasones que ostentan torres y castillos se adornan con el rojo como Elehe, Alcoy, Alicante, Petrel y el mismo primer cuartel del escudo nacional. También abunda en esta teoría el hecho de que en la única ocasión (única que yo conozco) en que el pueblo eldense enarboló bandera local de guerra el color adoptado fué el rojo con las armas de Elda pintadas sobre la tela (3).

Dos torres unidas por un muro.—Este es el símbolo que han respetado unánimemente los artistas que lo han representado. No hay duda alguna respecto al color del castillo ya que todos son en su color o en oro, lo que en la representación gráfica no varía nada ya que ambos se interpretan con el amarillo. En lo que sí hay variedad de opiniones es en lo de estar las torres con o

sin base de roca o tierra. De una y otra forma podemos hallar abundantes muestras en escudos provinciales. Yo me inclino a como está figurado en el escudo nacional y como se viene representando tradicionalmente en las armas eldenses, esto es, las dos torres aisladas sobre el campo de gules sin base alguna.

Flor de lis.—En el centro del jefe figura en nuestro escudo este preciado florón, ganado por el pueblo eldense con su sangre en la guerra de sucesión al trono español de comienzos del siglo XVIII. Elda se vió combatida y ocupada por ingleses y austriacos, iustigada a la defección por su mismo Conde, dividida en fracciones internas y acosadas por poblaciones vecinas. Sin embargo permaneció fiel a Felipe V, socorrió con hombres y viveres a las poblaciones sitiadas, arruinó su economía manteniendo tropas volantes y avituallando a los ejércitos de paso y obtuvo finalmente la victoria del bando que defendió. Por todo ello Felipe V le concedió la flor de lis en memoria de su lealtad y el título de «Fidelísima» (4) El anteriormente citado Sr. Payá Vidal se ocupó también de este florón en su artículo citado (2) pero cometió el error de suponer siguiendo la deficiente historia de Viravens, que este honor se lo concedió Alfonso V a Ximen Pérez de Corella en 1449.

Orla.—Tradicionalmente se viene representando el escudo orlado por una palma al flanco diestro y una rama de laurel al siniestro. No hay ningún documento que afirme o niegue este atributo pero la tradición ininterrumpida creo es suficiente.

Coronel.—No estando Elda sujeta a ningún título, se entiende (y así ha venido practicándose) que su coronel es el de las armas de la nación. En esta forma lo hemos visto con las coronas real, mural de la República y con la del nuevo Estado desde 1939.

Estos son los atributos de nuestro escudo y las razones que así los demuestran o justifican. Quisiera que este trabajo sirviera de guía y freno a los dibujantes eldenses que en lo sucesivo tengan que representar nuestras armas con el fin de que acabase la anarquía antiestética de blasones que hoy padecemos.

También el Ayuntamiento debía colaborar en esta tarea de fijación de una forma invariable del escudo local y exigir la exacta representación para mayor respeto a los símbolos de la ciudad. Otros Ayuntamientos (como los de Madrid y Alicante) lo hicieron así con excelente resultado.

Si estas líneas consiguen el fin propuesto será el mejor premio que me compense los trabajos de investigación que me han costado.

ALBERTO NAVARRO PASTOR

NOTAS: (1) Programa de fiestas de Septiembre, 1930.

(2) «El escudo de la Ciudad» - «Albor» Elda 1934.

(3) En el libro de «Clavarias de los años 1705 a 1710» de nuestro Archivo Municipal figura este asiento: «Item lo dit dia (1 Enero 1706) pagué a Nicolau Ródenes pera una vara de taletá encarnat para una bandera para la compañía de Cavalls y de pintar en ella les armes de la villa».

(4) Real Decreto de 23 de Mayo de 1713.

BIBLIOTECA



PUBLICA MUNICIPAL

TAL vez cuando este cuaderno salga a la luz se haya efectuado la inauguración de esta Institución que tan altos servicios ha de rendir en el orden del mejoramiento de la cultura popular. Se ha fijado la fecha del comienzo de las actividades, para nuestras fiestas de Moros y Cristianos y esperamos que el pueblo eldense colabore con su asistencia e interés al afianzamiento primero y engrandecimiento después de esta obra que ha de llegar a ser el orgullo de la ciudad.

Prosiguen los donativos de libros hechos por señores deserosos de cooperación. Su número hace ya imposible el transcribir los títulos y nos limitaremos a dar la relación de personas, destacando, por la importancia de sus donativos a los señores Manuel Vicedo, Oscar Porta; Eduardo Navarro y una institución docente. Figuran también en la lista de donantes de interesantes obras los Sres. Guillermo Martínez (cuyo reciente fallecimiento lamentamos), Vicente Esteve Orgilés, Francisco Domingo, de Valencia; Eduardo Gras, Excmo. Ayuntamiento; Santiago Sierras. El movimiento de ingresos en el fondo bibliográfico lo expresa el siguiente cuadro:

	OBRAS	VOLS.	FOLLETOS
En Diciembre 1951	54	54	2
Enero 1952	961	992	2
Febrero	29	29	1
Marzo	60	67	2
Abril (día 23)	30	30	-
TOTALES	1.134	1.167	7

La Biblioteca recibe, hasta la fecha, las siguientes revistas: Agricultura Bazar — Dumbo — Ecclesia — El Ruedo — Índice de Artes y Letras — Semana — Primer Plano — El Hogar y la Moda — Meridiano — Mundo Hispánico Juventud — Si — DAHELLOS y Rumbos. Esta lista se verá aumentada con otras publicaciones, entre ellas la gran revista de modelos de calzado «Moda y Línea».

Los Catálogos que organizan los fondos son: el Sistemático de materias (C. D.); alfabético de autores; de artículos de revistas y el de la Sección bibliográfica local. Esta interesantísima Sección ha aumentado sus fondos con la entrada de Obras de Castelar, de Sempere y Guarinos y de nuestro bohemio «El Seráfico» cuyas poesías figuran ya en este Centro, en la edición de Novelda de 1902.

Renovamos nuestro deseo de adquirir periódicos y revistas eldenses, así como programas de fiestas y libros relacionados con nuestra ciudad. También nos interesan los números 3 y 4 de «Peregrinación» Boletín de la J. A. C. que son faltas en nuestra colección.

Este balance de actividades e ingresos hasta la fecha inaugural es un verdadero índice del entusiasmo que los organizadores de la Biblioteca y el público en general ponen en la empresa de dotar a Elda de una institución digna de su potencialidad. Esperamos que el amplio salón de actos de las Escuelas Graduadas, local provisional de la Biblioteca, se vea concurrido por los amantes de la cultura para bien de Elda.

PERFUMERIA

CELIA

EXCLUSIVISTA DE LOS PRODUCTOS DE BELLEZA

"ANA BOLENA" y "MARTENS"

MEDIAS "NYLON" AMERICANAS
Y ARTICULOS DE REGALO



General Mola, 31

Teléfono 195

Enrique Picó

Instalaciones

y reparaciones eléctricas

Representante exclusivo de

RADIO INVICTA

General Aranda, 5

ELDA

CONTINUACION DE

"LA CANCIÓN DE LO VIEJO

Y LA CANCIÓN DE LO NUEVO"

Calle arriba se nos fué el Mercado a encerrarse, presumido, entre muros de piedra y de sol, frente a un jardín cuajado de rosales, puntiaguado de pinos y tembloroso de palmeras. Cada latido del viejo corazón era como un impulso que transformaba los campos yernos en líneas de casas y las casas se multiplicaron formando largas calles que ya no eran estrechas como las de su corazón.

De la ciudad «abuela» ha surgido la nueva ciudad, blanca y bonita, con jalones de nacies industrias plantadas en todo su recorrido y formadas en vanguardia por las afueras junto a magníficas villas de moderno estilo con las que se engulana la ciudad moeta.

Y en esta ciudad nueva, muy cerca del jardín primoroso, ha nacido una plaza más, que cuando yo la vi estaba plateada de luna. También en ella crecerán rosales y margaritas, los niños le cantarán sus canciones y los pájaros llenarán de jorgeos las copas de sus árboles al ponerse el sol, repitiendo todo la canción de lo viejo y la canción de lo nuevo.

LA CRUZ DE LOS CAIDOS

por EDUARDO NAVARRO

Cerca de donde se alzó el antiguo Convento de Franciscanos, se levanta hoy un soberbio monumento de sobrias y severas líneas, muy conformes con la dedicación que ostenta. Es el monumento a los Caídos que Elda erigió en 1942 como homenaje a los que dieron su vida por Dios y por España. Pero observamos en él diversas circunstancias, tal vez fácilmente evitables, que lo convierten en un lugar frío, árido, desprovisto de ese calor vital que le daría una más adecuada disposición de sus accesos y espacio.

No nos gusta, su actual forma de islote enclavado de manera que obliga al que va de un lado al otro a efectuar un rodeo, con la consiguiente molestia y resquemor interno contra la obra, que por extensión se aplicará a lo que representa.

Ni tampoco la entrada única que tiene, que exige un esfuerzo de voluntad al posible visitante para recorrer el prolongado espacio hasta el Monumento y obliga luego a desandar el mismo camino para salir de él.

Ni la aridez de su recinto, que si invita a algo es a salir de él lo más pronto posible.

Quizá sea esto dar excesiva importancia a nimios detalles, pero no creemos pueda haber duda de que esos nimios detalles son los que han convertido a nuestra Cruz de los Caídos en un espacio desierto, vacío, ingrato, al que falta el calor de la vida que le ha de dar nuestro pueblo con su tráfico y asistencia.

Demandamos, pues para este monumento:

1.º - Accesos laterales suficientes para facilitar el tránsito en todas direcciones por su recinto, tal y como lo tienen las plazas de Castelar y Sagasta.

2.º - Bancos cómodos y acogedores, que sirvan tanto para reponer sus fuerzas las personas de edad como para fomentar la concurrencia del pueblo a este lugar.

Y 3.º - Instalación de pequeños jardines que den variedad y hermosura al arisco espacio arbolado de hoy.

Creemos que con tan simples arreglos cambiaría diametralmente la aridez y aislamiento de nuestro Monumento a los Caídos, que debe ser un lugar grato, de descanso, solaz y recreo para nuestro pueblo, acogido a la sombra de la Cruz y al culto a los que a lo largo de los siglos han sabido morir por España.

FABRICA DE MOSAICOS HIDRAULICOS

MATERIALES DE CONSTRUCCION

Vda. de Rafael

DUYOS

Riset

FABRICA:

DEPOSITO:

Avda. de Elda - Teléfono 20 LAMBERTO AMAT, 11

PETREL

ELDA

J. FARMACIA

P

E

BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL
ELDA (Alicante)

R

E

MARTINEZ ANIDO, 18

ELDA

Z



El Duende abre un Banco

Escúchame, amigo Duende:
¿cómo te fué hacer zapatos?
Porque te encuentro mohino
y con gesto avinagrado.
No me respondas; ya entiendo
que has quedado escarmentado;
pero abre bien las orejas
¡vas a ganar dinerazos
asociándote conmigo
en un negocio muy claro!
¡Vamos a ser dos banqueros!
¡Vamos a poner un Banco...!
Verás, la cosa es sencilla
puede llevarla hasta un gato;
se pone una ventanilla
ancha «pa» que entren los cuartos
y a su lado otra invisible
para cursar nuestros pagos;
se encargan cartas impresas
que digan cortito y claro:
«No interesa su remesa».
«No nos gusta su librado».
«No nos mande sobre plaza».
«Este papel es muy malo».
«Su crédito está excedido»
«En devuelto es el amo».

¡Ni más ni menos que como
lo van haciendo otros Bancos!
A quien demuestre enseguida
que está forrado de cuartos
y no precisa dinero...
¡hay que dárselo «ipso facto»!
En cambio, quien necesite
nuestra ayuda va arreglado.
Hay que exigirle fianza
avales, firmas, contratos,
tendrá que dejar un fondo
sin tocarlo... ¡por si acaso!
En fin, para qué seguir
el asunto está bien claro
que aunque pase lo que pase
el que cobra es siempre el Banco.
Pues las letras que tomemos
con descuento «moderado»
no nos darán quebraderos
de cabeza, ¡ni pensarlos!
Si las pagan, santo y bueno
si las devuelven... ¡cobramos!
¡Ánimate, amigo Duende,
vamos a poner el Banco!
¡Deja que se estrellen esos
que van haciendo zapatos;
déjalos que ya vendrán
a morir en nuestro Banco!
Trabajan para nosotros,
¿pretendes mejor regalo?
¡Ánimate, Duende amigo,
vamos a montar el Banco!

Herboristería - Vegetales - Medicinales del País y Extranjeras

PRÁCTICO EN LA ESENCIA DE
LA BOTÁNICA

ANTONIO FERRANDEZ

17 de Abril, 4 (Antes Unión)

E L D A

Venta al detall y por mayor

Crónica de Elda

por VICENTE VALERO BELLOT



VIDA RELIGIOSA — Como notas más destacadas y sobresalientes de la vida local, hemos de resaltar la donación, por persona anónima, a nuestra Parroquia, de una riquísima y artística custodia de plata bañada en oro, cuyo valor se ha calculado en unas 200.000 plas., hecho ocurrido exactamente

347 años después de la llegada a Elda de nuestros Excelsos Patronos, o sea, el 4 de Septiembre de 1951. La caja que contenía esta preciosa obra de arte llegó procedente de Madrid, rotulada sencillamente con las siguientes palabras: «Para la Iglesia Parroquial de Santa Ana, de Elda». Dicha custodia fué expuesta en casa del Sr. Cura Párroco, D. José María Amat Martínez, siendo visitada por una inmensa mayoría de la población.

Otra importante donación, también anónima, y también procedente de Madrid, ha sido la de una preciosa imagen del Sagrado Corazón de Jesús, recibida en la Parróquia.

También el día uno de Abril, fueron colocadas en sus correspondientes hornacinas, en el Templo Parroquial, las imágenes de los cuatro Doctores de la Iglesia, San Buenaventura, San Gerónimo, San Agustín y Santo Tomás de Aquino, que han sido donadas por otras tantas familias eldenses.

El día 13 del pasado Abril ofició su primera Misa con toda solemnidad, nuestro paisano el Rvdo. D. Ricardo Navarro Martínez, siendo padrinos eclesiásticos del misacantano, el Excmo. y Rvdo. Monseñor D. Joaquín Espinosa Cayuelas, Prelado Doméstico de S. S. y Rector del Seminario Mayor de Orihuela, y el Sr. Cura Párroco de nuestra iglesia de Santa Ana, Lcdo. Rvdo. D. José María Amat Martínez, y de honor D. José González Beltrá y su distinguida esposa, acto que tuvo lugar en nuestra citada iglesia.

En el mes de Septiembre del pasado año y por Decreto del Excmo. y

Rdmo. Sr. Obispo de la Diócesis, D. José García Gondáraz, fué constituida en nuestra Parroquia la Sección Adoradora Nocturna.

DEL MUNICIPIO.—En el pasado mes de Febrero, tomó posesión el nuevo Ayuntamiento, presidido como el anterior por D. José Martínez González, después de las elecciones celebradas a tal fin.

En Diciembre de 1951, el Ayuntamiento dá comienzo al vasto plan de obras del alcantarillado de la ciudad, que han de durar 2 años; y en Abril de 1952, la de renovación total de la conducción de aguas potables, que en un año ha de quedar totalmente terminada. Con estas grandes obras, mejorará grandemente nuestra ciudad, que irá tomando el rango de la importancia que merece.

VIDA POLITICA.—El día 29 de Octubre del pasado año, DIA DE LA FE, se celebró en Elda una gran concentración falangista, que fué presidida por el Excmo. Sr. Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento, de Alicante, D. Jesús Aramburu Olarán y diversas Jerarquías Provinciales, enviando representaciones los pueblos de Elche, Monóvar, Villena, Petrel, Bigastro, Castalla, Guardamar, Onil, Rojales, Dolores, Tibi, Ibi y otros varios, a más de otras muy nutridas del Frente de Juventudes y Guardia de Franco. El Sr. Gobernador inauguró oficialmente, después de bendecido, el Hogar de las Falanges Juveniles de Franco, y asistió a la entronización de una imagen del Sagrado Corazón de Jesús en las oficinas de la Jefatura Local del Movimiento.

VIDA SINDICAL.—A la Hermandad Comarcal de Labradores y Ganaderos le fué concedido en Noviembre de 1951, por el Servicio Nacional del Crédito Agrícola, un préstamo de 1.250.000 pts. para efectuar las obras de terminación de dos pozos propiedad del Grupo Sindical de Colonización número 469, afecto a dicha Hermandad, y construcción del canal de conducción de las aguas para el riego de nuestra huerta.

SE FESTEJA POR VEZ PRIMERA A LOS SANTOS PATRONOS DE LA INDUSTRIA DEL CALZADO.—El 25 de Octubre de 1951, festividad de los Santos Crispín y Crispiniano, se celebraron los primeros festejos en su honor, siendo bendecida en la parroquia una preciosa imagen de los mismos. Se colocó en la misma fecha la primera piedra de la ermita que ha de erigirse para su culto.

UNIFICACION DE LAS DOS BANDAS DE MUSICA.—En Marzo del presente año, y tras laboriosas gestiones de distintas personas, encaminadas a este fin, se unificaron las bandas locales Santa Cecilia e Instructiva Musical, quedando constituída en una sola, con el nombre de «BANDA INSTRUCTIVA MUSICAL SANTA CECILIA», bajo la dirección de D. José Estruch Martí.

DE LAS FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS.—Gracias a la incansable labor del gran entusiasta de nuestras fiestas, y actual Presidente de la Junta Central de comparsas, D. Rafael García Gómez, han sido halladas las primitivas banderas de los bundos Moro y Cristiano, que datan de hace 70 años, la primera perteneciente a la familia de D. Rosalino Tordera y la segunda, a la de D. Rafael Latiga. Ambas banderas figurarán en las fiestas del presente año por vez primera, en los desfiles que han de celebrarse.

“REFORSOL”

REFORZANTE DE HARINAS DE MAXIMA CALIDAD

Depositarío exclusivo para
ELDA PETREL SAX y MONOVAR

Juan Martí Poveda

Ramón Gorgé, 10 : - : Teléfono 233

ELDA

Con el dedo en la llaga (Conclusión)

BAJO este título nos lamentábamos de la deficiente formación cultural y moral que suele darse a los muchachos de uno y otro sexo, arrojándolos prematuramente a la servidumbre de la fábrica. No es un mal incurable, pero la enfermedad se ha hecho ya endémica, y no será cosa fácil aplicar una terapéutica eficiente.

Mil veces hemos oído a un padre de familia expresarse en estos o parecidos términos: —¡Que vaya a trabajar; que yo a los nueve años ya estaba trabajando! Si él quiere, ya aprenderá cuando sea mayor. Y si no quiere, tampoco le hará mucha falta; porque para ganar dinero no hace falta más que tener vista y cara dura.

No, señor mío. Su hijo no aprenderá cuando sea mayor. Y si acaso aprende algo entonces, lo primero que aprenderá será a culparle a usted muy justamente de un grave delito de abandono.

Y lo malo no es esa ignorancia en que habrá de revolcarse toda su vida. Es peor la secuela que eso llevará consigo; la falta de sentido moral que va aneja a la ignorancia, como no haya por medio una firme educación religiosa. Hemos vivido desgraciada o afortunadamente unos años en que hemos podido observar cómo los hombres faltos de sentido moral se han visto, como una masa inerte, arrastrados por sus propias pasiones o por las pasiones ajenas al abismo de las mayores iniquidades. Dolorosa experiencia que nos hace supervalorar ese sentido moral que sólo se forja en la fragua de una bien cuidada educación y al calor de una cultura, es decir, de una comunión con los más altos y más sanos ideales.

Aunque muchos lo duden, no todas las grandes satisfacciones de la vida estriban en el goce de amontonar dinero. Basta observar que los seres más felices de la tierra son precisamente los niños, los que todavía no han sido mordidos por la sed danáidica del oro. Pero es un signo lamentable de nuestro tiempo esa subestimación de ciertos valores del espíritu, esa triste amoralidad en que naufraga lo más noble que pudo haber en el ser humano.

Concretándonos a nuestra ciudad, podríamos exponer docenas y docenas de casos típicos, algunos de ellos rayanos en lo humorístico, si cupiese tomar a broma esta lacra social. Nos contentaremos con referir uno. Se trata de un buen señor que con la muléta de sus buenas mañas ha conseguido llevar adelante un buen negocio y hacer una vida al margen de preocupaciones. Este buen señor tiene un hijo en edad escolar, listo, juicioso, aplicado. Un amigo de la familia le pregunta al padre: ¿Qué piensas hacer con el muchacho? ¿Lo pondrás a estudiar?

Contestación: —¿Estudiar?... ¡Vamos, hombre! Y luego, en cuanto apren-

den cuatro tonterías, se creen que saben más que su padre. ¡No, hombre! Mi hijo no ha de saber nunca más que yo.

(Será casi supérfluo advertir que el padre es uno de esos que, cuando tienen que poner una firma, sudan la gota gorda y acaban culpando a la pluma de que la letra les haya salido como garbanzos hirviendo en el cocido).

¡Ay, maestro Unamuno! ¡Qué razón tenías cuando nos diste aquel consejo tan a tu manera española: «Sé generoso y arremete a tu hermano. Dale de tu espíritu, aunque sea golpes!»

Si todos pensáramos así, como ese buen padre de familia, si que progresaría la humanidad. ¿Para qué nos pondría Dios esta olla peluda encima de los hombros?

No es fácil, como ya hemos dicho, poner rápido remedio a este mal. Pero la empresa bien vale la pena de ser acometida. Habría que empezar por extirpar el analfabetismo radicalmente, despiadadamente. Municipios hay en España que ya lograron esa etapa. ¿Porqué no había de lograrse en Elda, donde todo resulta tan hacedero? Luego, enfrentar otra etapa más difícil: la lucha contra ese otro analfabetismo de los que creen saber leer y sólo saben silabear más o menos rápidamente; que no es lo mismo.

Dada la potencialidad que Elda ha logrado en lo social y en lo económico, y frente al ejemplo estimulante de otras ciudades de nuestra provincia, creemos que una de las apremiantes necesidades de nuestra ciudad es afrontar metódica y gallardamente el problema de la cultura popular, en cuya solución está la base de una moralidad más depurada y de una convivencia más cordial, más grata y más fecunda en bellas realidades.

J. MADRONA

VICENTE
MAÑAS
UÑAK

AMERICAN BAR

Queipo de Llano, 9 y 11
Teléfono, 179

ELDA

Casa Alfonso

TEJIDOS
CONFECCIONES
GENEROS DE PUNTO

Teléfono, 255

ELDA



BIBLIOTECA PÚBLICA
MUNICIPAL

ELDA (Alicante)



— Todo —

Es inútil que trate de llamarte.

*Mi voz, al sepullarse en el vacío
que rodea tu alma,
habrá salido de mis labios secos
y habrá muerto, vencida e impotente,
sin llegar el mensaje a tu morada.*

*Ayer, desde mi lecho donde yazgo,
vi junto a la ventana,
desnuda y aterida por el frío,
del manzano una rama.*

*La nieve acumulada sobre ella
era mucha, y tan blanca
como mis carnes, faltas de la sangre
que a borbotones, por mi boca escapa...*

*Hoy no he visto la rama del manzano
aunque miré mil veces la ventana,
y al preguntar por ella con empeño
de enferma encaprichado,
me han dicho que la nieve la ha vencido
y que cayóse al suelo desgajada.*

*Es triste, pero sé que tu amor pesa
más en mi cuerpo que la nieve blanca
sobre el cuerpo desnudo y aterido
de aquella pobre rama,
y que pronto su peso hará quebrarse,
la rama blanca de mis carnes vivas,
que ya no tienen alma...*

MARIA GABRIELA RUIZ

El rosal que tú plantaste



*El rosal que tú plantaste
otra vez verde se ha puesto...*

*Con la primavera nueva
se hizo el milagro en su seno
y en sus ramas trepadoras
brotan hojas y recuerdos,
se hinchan suspiros y yemas,
nacen capullos y besos...*

*Tres primaveras han visto
florecer al rosal nuestro:
y dos otoños que tú...
que tus rosas se extinguieron...*

*Rosal que tú cultivabas
y que me daba a mí celos;
a fuerza de contemplarlo
he llegado a comprenderlo;
y él a mí también me entiende
y los dos nos comprendemos...*

*¡Comunión de hojas y amores!
¡Qué inafable tu misterio!*

*Yo sé que esas rosas pálidas
que cada día te llevo
de tu rosal, te dirán
en perfumes, mi secreto:*

*Ellas lo saben, lo saben,
que en mis ojos lo leyeron...*

*Dos otoños que te fuiste
y aún conserva tu recuerdo...*

*Dos otoños que tu fuiste
y en mi amor brotan renuevos...*

EDUARDO GRAS

Ermitas de San Antón

por ALBERTO NAVARRO



EN la primavera del año 1950 se tendió el hilo que enlaza con el hoy una tradición del ayer casi olvidada. La ermita de S Antón que antaño viviera fastos memorables en la historia local, la que la progresiva desercristianización del pueblo eldense fué condenando al polvo del abandono, desapareció totalmente allá por el año 1920. Quedó la placeta de su nombre ensanchada el doble de lo que antes era, y las losas que vieron el paso angustiado de los cristianos viejos bajo la férula agarena, que se conmovieron ante los solemnes «Te Deum» que indudablemente acogerían las capitulaciones ante el futuro Rey Sabio, las desgastadas baldosas que soportaron el paso de sus primeros señores, Maestres de Santiago, Guillermo el Alemán, Bernardo de Clasquerri, Sir Hugh de Calversley, Infante don Manuel y su hija Violante, Corellas y Colomas... todas ellas se desmenuzaron en polvo sobre el cual los chiquillos del barrio entablaron sus juegos y los ancianos envueltos en mantas se apoyaron para calentar sus huesos helados con inminencias de muerte. Era antigua, muy antigua, la vieja ermita. Nuestro historiador Amat la remonta al tiempo de la dominación musulmana en la cual los cristianos que quedaron en el pueblo pudieron libremente practicar su culto en su capilla. No aseguraríamos que los mismos muros que se atomizaron en 1920 fueran los que supieron de la caricia de las manos de los alarifes cristianos del siglo VIII, pero sí creemos que aquel lugar fué el que reunió a los fieles para el culto. Formado el pueblo buscando la protección del castillo, hallábase la Mezquita musulmana



donde hoy se halla la Iglesia Parroquial, o sea en la salida del pueblo, la ermita cristiana por lo tanto, debió buscar la parte más opuesta a aquella dentro de la tangente del pueblo.

Dedicada desde su principio a Sta. Ana, siguió en este culto hasta 1837 en que se cambió la imagen que dominaba en el altar. Flanqueada por S. Joaquín y la Virgen Niña.

Nos consta que ya entonces se celebraban las fiestas de Moros y Cristianos, dedicadas a San Antón así como que ya en este tiempo estaba la ermita dedicada a este Santo ya que en libros antiguos figuran la placeta con esta advocación. El emotivo librito de Castelar «Recuerdos de Elda o las fiestas de mi pueblo» es un testimonio fidedigno y monumental de que efectivamente en aquéllos años ya dedicaba el pueblo todo su fervor a honrar a San Antón con los desfiles de las ricas comparsas y el estruendo atronador de los trabucazos. Durante muchos años siguió la ermita su lento caminar hacia su ocaso y sirvió de marco a mil y mil estampas bellas y candorosas que el tiempo se ha llevado para no volver nunca más entre ellas. La procesión del Rosario los domingos por la tarde, con la monumental estrella de cristal que caminaba al frente, tal vez en simbolismo del lucero vespertino, y serpenteaba por las callejas deteniéndose en las casas donde había enfermos para darles el consuelo de su presencia... era una de estas estampas que desaparecieron para siempre en esta Elda vuelta de espaldas a sus tradiciones más puras. La ermita desapareció, finalmente. Siguió el culto al Santo en la capilla del cementerio viejo, también en trance inminente de destrucción. Y también desapareció con los primeros años de la República.

DRUGERIA Y PERFUMERIA

J. Juan Verdú

MATERIAL FOTOGRAFICO

Purísima, 5 :: Reyes Católicos, 6

Teléfono 141

ELDA

Culmen S. A.

COMPañIA ESPAÑOLA
DE CAPITALIZACION

Infórmese en las oficinas de

"EL OCASO" S. A.

ELDA

tentativas de salvar la obra de éste viendo estrellados sus nobles deseos ante la terquedad de la viuda. Pero dejemos esta figura eldense para otra ocasión y sigamos con D. Juan Vidal.

Ambos amigos fueron, según mis datos, los primeros que supieron ver entre la balumba de tuestos del Monastil, que aquello era algo más que un montecillo. Conocedores de los estudios arqueológicos que en aquella época estaban casi en su infancia, emprendieron la más seria escavación que se ha realizado y cuyos muros todavía podemos ver en la base del Monastil, junto al transformador. Desconocemos la importancia de los hallazgos obtenidos pero no debieron ser insignificantes por ser aquel punto el de mayor acumulación de restos de vasijas ibéricas y precisamente en su clase más artística, de «terra sigillata» y piezas con decoración vegetal y animal. Sin embargo todo ha desaparecido y D. Juan Vidal se llevó a la tumba sus conocimientos sobre nuestro santuario ibérico del Monastil. De sus hallazgos de objetos de pasadas épocas sólo nos han quedado unos platos jaspeados de origen hispano-árabe que encontró en el subsuelo de su casa y que se encuentran en las Escuelas Nacionales esperando mejor destino.

Como hombre de letras no dejó suficientes escritos para juzgar de su valía ya que los que perduran son trabajos periodísticos en los que generalmente queda postergado el estilo en favor de la concisión y claridad. Todavía hoy amarillean en los estantes de viejas librerías eldenses las páginas de «El Centenario», revista mensual que apareció en 1903 en nuestra ciudad, editada por la mayordomía actuante en el año del centenario (1903 a 1904) tercero desde la llegada de los patronos el Santísimo Cristo del Buen Suceso y la Virgen de la Salud. Esta revista católica fué dirigida por Vidal con un excelente resultado literario hoy comprobable. En ella figuraron las firmas más destacadas de los eldenses de aquel tiempo: Caverro, Maximiliano G. Soriano, Francisco Maestre, el citado Domingo Tomás Vera, Baldomero Alonso, etc. etc.

Juan Vidal falleció en Elda el 24 de Agosto de 1930 siendo enterrado en el cementerio de esta ciudad. Contaba 67 años de edad pues su nacimiento ocurrió el 8 de Marzo de 1863. Poseía una extraordinaria biblioteca de ediciones de los siglos XVII y XIX en su mayoría, con sobrias encuadernaciones en pergamino bastantes de ellos, especialmente los de carácter religioso. También figuraba un manual de arqueología, tal vez su «Baedeker» por los caminos de la antigüedad.

Muchas veces, viendo el armario-librería de D. Juan Vidal cerrado y olvidado, mudos los libros y herméticos los cristales que los guardan, he pensado, si no sería un sincero homenaje a su memoria, un tardío ofrecimiento perpetuador de sus afanes culturales, donar estos libros a la naciente — y pujante — Biblioteca Pública Municipal para que, agrupados como él los dejara, en sección especial honrada con su retrato y nombre, sirviera de material de estudio o recreo a las nuevas generaciones eldenses. Estamos seguros de que D. Juan, que dedicó toda su vida a modelar inteligencias y hacer nacer vocaciones de estudio, no desearía mejor destino para sus libros.

"EL ARCA DE NOE"

General Aranda, 26

REPARACION DE MEDIAS

Venta de las marcas más acreditadas

Media "MONFORT" de gran duración

